

I. INTRODUCCIÓN.

I.1. Concepto y definición de Historia.

Texto 1. Por qué la Historia.

“En resumen, pregunta y respuesta a la vez, creo que *la necesidad de la historia* habrá quedado, al menos, vislumbrada, esbozada en sus rasgos básicos. Porque la comprensión del pasado es el entendimiento del presente y nos lleva hacia el porvenir. Conserva toda su validez la aportación de Marc Bloch al condenar definitivamente la idea de Leopold von Ranke (representante de la erudición alemana del XIX) de que la historia era el relato simple y fiel de las cosas que habían pasado. No, «*la historia es ciencia del devenir de los hombres en el tiempo*». Viene de ayer y va hacia mañana. Y no cabe duda de que si al comenzar cada día y utilizar, como de costumbre, la energía eléctrica, los alimentos venidos de otros continentes, el agua corriente, mientras oímos —o vemos— la noticia que llega por las ondas y nos disponemos a usar la tracción automóvil, no tenemos consciencia de la aportación de los hombres a través del tiempo, de sus luchas por llegar a esto; y si no somos a la vez conscientes de estar en medio del camino, de que somos quienes somos por la carga de la historia que nos ha hecho a todos, si no comprendemos esto, actuaremos a ciegas en la vida y acabaremos por perder el control de nuestros propios actos.

Es hoy un conocimiento común que la prospectiva, que consiste en estimar la probabilidad de los hechos futuros partiendo de bases reales, no es sino la consecuencia de un conocimiento sistemático de esa ciencia del hombre en sociedad moviéndose sin cesar, fluyendo en el tiempo. Si «*saber es prever*» —según un adagio que ya no es nuevo y gracias al cual hemos llegado a la época en que planificación y previsión son instrumentos que sirven al hombre—, es evidente que si un pueblo no ha comprendido su pasado y no sabe cómo y por qué ha llegado a ser lo que es, ese pueblo no podrá prever ni afrontar el porvenir.

La historia es, pues, necesaria; pero no es «inocente». Por eso los pueblos se ven a veces obligados a recuperar su memoria colectiva que les había sido arrebatada, ocultada o falsificada. Como español, cito el ejemplo de los pueblos de España que se vieron privados de su memoria histórica durante casi cuarenta años. Este recuerdo no es baladí, porque cuando se trata de aherrojar a un pueblo, lo primero que se hace es falsificarle o arrebatarle la imprescindible experiencia que significa su historia. Por eso, la historia rigurosamente científica, pero que es cosa de todos, tarea en la que todos pueden y deben colaborar, es vital para una colectividad que quiera ser libre de sus destinos. He aquí la suprema razón de la historia; he aquí, en suma, por qué la Historia.

M. TUÑÓN DE LARA (1981): *Por qué la historia*. Salvat. Barcelona.

Texto 2. Preguntas a la «Historia tradicional».

¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?

En los libros figuran sólo nombres de reyes.

¿Acaso arrastraron ellos los bloques de piedra?

Y Babilonia, mil veces destruida,

¿quién la volvió a levantar otras tantas?

Quienes edificaron la dorada Lima. ¿en qué casas vivían?

¿A dónde fueron la noche

en que se terminó la Gran Muralla, sus albañiles?
Llena está de arcos triunfales
Roma la grande. Sus césares
¿sobre quiénes triunfaron? Bizancio
tantas veces cantada, para sus habitantes
¿sólo tenía palacios? Hasta en la legendaria
Atlántida, la noche en que el mar se la tragó,
los que se ahogaban pedían, bramando,
ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿El sólo?
César venció a los galos.
¿No llevaba siquiera un cocinero?
Felipe II lloró al saber su flota hundida.
¿No lloró más que él?
Federico de Prusia ganó la Guerra de los Treinta años.
¿Quién la ganó también?
Un triunfo en cada página.
¿Quién preparaba los festines?
Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagaba los gastos?
A tantas historias, tantas preguntas.

Bertolt Brecht, "Preguntas de un obrero que lee"
Extraído de B. BRECHT (1976): *Historias del Almanaque*. Alianza Editorial. Madrid.

1.4. Introducción a la Historiografía.

Texto 3. El método histórico de Tucídides.

Con todo, el que, de acuerdo con los indicios que he puesto de relieve, juzgue los hechos, más o menos, tal como los he expuesto, no se engañará, sin conceder más crédito al canto de los poetas, que exageran los hechos para embellecerlos, ni a las narraciones de los cronistas, más inclinados a encandilar el oído que a contar la verdad y toman como tema de sus obras unos hechos que no pueden comprobarse con rigor y que, dado el enorme lapso de tiempo transcurrido, han llegado a convertirse en meras leyendas increíbles; piense que mis reconstrucciones se han obtenido apoyándome en las fuentes más seguras, y que ofrecen un grado suficiente de credibilidad tratándose, como se trata, de hechos tan remotos. Y aunque los hombres suelen considerar siempre que la guerra que han vivido fue la más importante, y una vez ésta ha concluido, sienten mayor admiración por los hechos del pasado, sin embargo, quien la juzga a la luz de los simples hechos, llegará a la conclusión de que ésta ha sido la más trascendental de la historia.

En cuanto a los discursos pronunciados en cada bando antes de romperse las hostilidades, o ya en el curso de la guerra, resultaba prácticamente imposible reproducir las palabras literales con que se expresaron, bien recurriendo a mis recuerdos personales o a las informaciones que me llegaban de otras personas; en consecuencia, me he limitado a poner, en labios de cada orador, sencillamente los términos en que me parecía que debieron manifestarse en cada caso a tenor de las circunstancias, ajustándose lo más estrictamente posible al sentido general de sus declaraciones. Y en lo que concierne a los avatares del conflicto, me he creído en el deber moral de historiarlos no apoyándome en el

testimonio de cualquier informador, o como yo me los imaginaba; mi narración se basa en lo que personalmente he presenciado y en las declaraciones de terceros, minuciosamente controladas por una rigurosa crítica. Investigación laboriosa, porque los testigos oculares de los acontecimientos no coincidían en sus referencias, sino que cada cual hablaba conforme a su partidismo o a su grado de memoria.

Por otro lado, acaso la ausencia, en mi obra, de todo elemento legendario, la hará menos sugestiva; en todo caso, me daré por satisfecho con que la juzguen de utilidad todos aquellos que aspiran a tomarse una idea de los hechos del pasado y de aquellos que, más o menos semejantes de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, puedan ocurrir en el futuro. Mi obra, en suma, es una adquisición definitiva, no una pieza de circunstancias compuesta para la satisfacción del momento.

De los hechos anteriores, el más señalado fue la guerra contra Persia, y aún ésta se liquidó en dos batallas navales y otras tantas terrestres. En cambio, esta guerra fue una lucha prolongada, y, en el curso de la misma, se abatieron tantas calamidades sobre Grecia como nunca en un período igual de tiempo: jamás fueron conquistadas y arrasadas tantas ciudades, unas por bárbaros, otras por los beligerantes griegos (algunas, incluso, una vez expugnadas, cambiaron de habitantes); jamás fueron tan frecuentes los destierros y matanzas, unas en el mismo campo de batalla, otras causadas por las guerras civiles. Incluso aquellos prodigios que, antes, corrían de boca en boca, pero que rara vez eran confirmados por los hechos, perdieron su carácter de increíbles: terremotos que devastaron gran parte de la tierra y de una violencia nunca vista; eclipses de sol con una frecuencia como no se recuerda en tiempos pasados; en algunos territorios, persistentes sequías con su secuela de hambres; y, sobre todo, la peste, el azote más terrible, que asoló y diezmó la población. Todas estas calamidades cayeron juntas sobre Grecia en el curso de esta guerra; guerra que estalló cuando atenienses y peloponesios rompieron la tregua de treinta años que se concertó tras la toma de Eubea.

He empezado por exponer, de entrada, los motivos de esta ruptura y los conflictos que la fomentaron, para que nadie se pregunte cómo llegó a estallar entre griegos una conflagración de tal calibre. La causa auténtica, aunque no alegada abiertamente, fue, a mi juicio, la expansión del poder de Atenas y la alarma que ello provocó en Esparta, hasta verse obligada a declararle la guerra. Pero los motivos que oficialmente adujeron uno y otro bando para conculcar la tregua y romper las hostilidades fueron los que expongo a continuación.

TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 21-23.
Extraído de F. SÁNCHEZ MARCOS (1993): *Invitación a la historia. La Historiografía de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*. Labor. Barcelona.

Texto 4. Tito Livio y la historiografía romana.

Ignoro si aprovecharía mucho escribir la historia del pueblo romano desde su origen; y si no lo ignorase, no me atrevería a decirlo, sobre todo cuando considero lo antiguos que son algunos hechos, y lo conocidos, merced a la multitud de escritores que constantemente se renuevan, y que pretenden, o presentarlos con mayor exactitud, o que oscurezcan con las galas del estilo la ruda sencillez de la antigüedad. Pero, sea como quiera, tendré al menos la satisfacción de haber contribuido a perpetuar la memoria de las grandes cosas llevadas a cabo por el pueblo más grande de la tierra; y si mi nombre desaparece entre tantos escritores, me consolaran el brillo y la fama de los que me oscurezcan. Es además labor inmensa consignar hechos realizados en un período de más de setecientos años, tomando por punto de partida los oscuros principios de Roma, y seguirla en su progreso hasta esta última época en que comienza a doblegarse bajo el

peso de su misma grandeza: temo por otra parte, que los principios de Roma y los períodos a ellos inmediatos tengan poco atractivo para los lectores, impacientes por llegar a las épocas modernas en que el poderío, por hartó tiempo soberano, cambia sus fuerzas contra sí mismo. Por mi parte, un provecho obtendré de este trabajo: el de abstraerme del espectáculo de los males que por tantos años ha presenciado nuestro tiempo, ocupando por entero mi atención en el estudio de la historia antigua y viéndome libre de los temores que, sin apartar de la verdad al escritor, consiguen sin embargo fatigarle.

Los hechos que precedieron o acompañaron a la fundación de Roma, antes aparecen embellecidos por fantasías poéticas que apoyados en el irrecusable testimonio de la historia: no pretendo, sin embargo, afirmarlos ni rechazarlos, debiéndose perdonar a la antigüedad esa mezcla de cosas divinas y humanas que imprimen caracteres más augustos al origen de las ciudades. Y, ciertamente, si puede permitirse a pueblo alguno que dé carácter sagrado a su origen, refiriéndolo a los dioses, sin duda alguna ese pueblo es el romano: y al pretender que Marte es su padre y fundador, sopórtelo con paciencia los demás pueblos, como soportan su poderío. Poco importa, sin embargo, que se acepte o rechace esta tradición. Lo importante, y que debe ocupar la atención de todos, es conocer la vida y costumbres de los primeros romanos, averiguar quiénes fueron los hombres y cuáles las artes, tanto en la paz como en la guerra, que fundaron nuestra grandeza y le dieron impulso, y seguir, en fin, con el pensamiento la insensible debilitación de la disciplina y aquella primera relajación de costumbres que, lanzándose muy pronto por rápida pendiente, precipitaron su caída, hasta nuestros días, en que el remedio es tan insoportable como el mal. Lo principal y más saludable en el conocimiento de la historia es poner ante la vista, en luminoso momento, enseñanzas de todo género, que parecen decirnos: «esto debes evitar porque es vergonzoso pensarlo, y mucho más vergonzoso el hacerlo». Por lo demás, o mucho me engaña la afición a este trabajo, o jamás existió república más grande, más ilustre y más abundante en buenos ejemplos: ninguna otra estuvo cerrada por más tiempo al lujo y sed de riquezas, ni fue más constante en el culto a la templanza, y en el de la pobreza; de tal manera acomodaba sus deseos a su riqueza. Es en nuestros días cuando la avaricia se ha visto acrecentada por la opulencia, provocando el desbordamiento de los placeres, ante el temor de perderlo todo en el deleite y desenfreno. Pero estas quejas mías, aun siendo necesarias, tendrían poco éxito, y debo por consiguiente prescindir de ellas en los comienzos de este gran trabajo. Mejor sería, si tuviera el privilegio de los poetas, empezar invocando a todos los dioses y diosas, para conseguir de ellos, por medio de súplicas y ruegos, que fueran éstos quienes llevaran a feliz término una empresa tan grandiosa.

TITO LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*, Prólogo.

Extraído de F. SÁNCHEZ MARCOS (1993): *Invitación a la historia. La Historiografía de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*. Labor. Barcelona.

Texto 5. La Primera Crónica General de España.

AQUÍ COMIENZA LA HISTORIA DE ESPAÑA QUE HIZO EL MUY NOBLE REY DON ALFONSO, HIJO DEL NOBLE REY DON FERNANDO Y DE LA REINA DOÑA BEATRIZ.

Los sabios antiguos, que fueron en los tiempos primeros y hallaron los saberes y las otras cosas, tuvieron [pensaron] que menguarían en sus hechos y en su lealtad si tan bien no lo quisiesen para los que habían de venir como para sí mismos y para los otros que eran en su tiempo; y entendiendo por los hechos de Dios, que son espirituales, que los saberes se perderían muriendo aquellos que los sabían y no dejando remembranza, para que no cayesen en el olvido mostraron la manera de que los supiesen los que habían de venir detrás de ellos; y por buen entendimiento conocieron las cosas que eran entonces, y

buscando y escudriñando con gran estudio, supieron las que habían de venir. Mas el desdén de no querer los hombres saber las cosas, y el olvido en que las echan después que las saben, hacen perder malamente lo que fue bien hallado y con gran estudio; y también por la pereza, que es enemiga del saber y hace a los hombres que no lleguen a él ni busquen los caminos por los que lo conozcan, se propusieron los entendidos, que los apreciaron por sobre todas las cosas y lo tuvieron por luz para alumbrar sus entendimientos y los de todos los otros que lo supiesen, buscar los caminos por donde llegasen a él y lo aprendiesen, y después que lo hubiesen hallado no lo olvidasen. (...) Porque si no fuera por las escrituras, ¿cuál sabiduría o ingenio de hombre se podría recordar de todas las cosas pasadas, a no ser que las hallasen de nuevo, que es cosa mucho más grave? Mas porque los estudios de los hechos de los hombres se demudan de muchas maneras, fueron sobre esto apercebidos los sabios ancianos, y escribieron los hechos de los locos tan bien como los de los sabios, y tanto de aquellos que fueron fieles a la ley de Dios como de los que no, y las leyes de los santuarios y de los pueblos, y los derechos de las clerecías y de los legos; y escribieron también las gestas de los príncipes, tanto de los que hicieron mal como de los que hicieron bien para que los que después viniesen por los hechos de los buenos se empeñasen en hacer el bien, y por los de los malos se guardasen de hacer el mal, y por esto fue enderezado el curso del mundo de cada cosa en su orden.

De allí que si observáramos el provecho que nace de las escrituras, conoceríamos que por ellas somos sabedores de la creación del mundo, y además de los patriarcas, cómo vinieron unos en pos de otros, y de la salida de Egipto y de la ley que dio Dios a Moisés, y de los reyes de la santa tierra de Jerusalén, y del destierro de ellos, y del anunciamiento y del nacimiento y de la pasión y de la resurrección y de la ascensión de Nuestro Señor Jesucristo; porque de todo esto y de otras cosas muchas no sabríamos nada si, muriendo aquellos que eran a la sazón que fueron estos hechos, no dejasen escrituras para que lo supiésemos; y por ende debemos amar a aquellos que lo hicieron para que supiésemos por ellos lo que no sabríamos de otra manera. Y escribieron también las nobles batallas de los romanos y de las otras gentes que acaecieron en el mundo muchas y maravillosas, que se olvidarían si en escrito no fuesen puestas; y también la historia de España, que pasó por muchos señoríos y fue muy maltratada, recibiendo muertes por muy crueles lides y batallas de aquellos que la conquistaban, y de las que hacían ellos defendiéndose; y de este modo fueron perdidos los hechos de ella, por los libros que se perdieron fueron destruidos en el cambio de los señoríos, así que apenas puede ser sabido el comienzo de los que la poblaron.

Y por ende Nos, don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de León, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén y del Algarbe, hijo del muy noble rey don Fernando y de la reina doña Beatriz, mandamos juntar cuantos libros pudimos tener de historias en que alguna cosa contasen de los hechos de España, y tornamos de la crónica del Arzobispo Don Rodrigo que hizo por mandato del rey don Fernando nuestro padre, y de la del maestro Lucas, Obispo de Tuy, y de Paulo Orosio, y de Lucano, y de San Isidro el mancebo, y de Idacio, obispo de Galicia, y de Sulpicio, obispo de Gascuña, y de los otros escritos de los Concilios de Toledo, y de Don Jordán, canciller del santo palacio, y de Claudio Tolomeo, que departió el cerco de la tierra mejor que otro sabio hasta su sazón, y de Dion que escribió verdadera la historia de los godos, y de Pompeyo Trogo, y de otras historias de Roma, las que pudimos tener, que contasen algunas cosas de España, y compusimos este libro de todos los hechos que hallar se pudieron de ella, desde el tiempo de Noé hasta el nuestro. Y esto hicimos para que fuese sabido el comienzo de los españoles, y por cuales gentes fuera España maltratada; y que supiesen las batallas que Hércules de Grecia hizo contra los españoles, y de las mortandades que los romanos

hicieron en ellos, y de las destrucciones que hicieron también los vándalos y los silingos y los alanos y los suevos que los redujeron a pocos; y para mostrar la nobleza de los godos y como fueron viniendo de tierra en tierra, venciendo muchas batallas y conquistando muchas tierras, hasta que llegaron a España, y echaron de allí a todas las otras gentes, y fueron ellos señores de ella; y cómo por el desacuerdo que tuvieron los godos con su señor el rey Rodrigo y por la traición que urdió el conde don Illán y el arzobispo Oppa, pasaron los de África y ganaron todo lo más de España; y cómo fueron los cristianos después recobrando la tierra; y del daño que vino en ella por partir los reinos, porque no se pudo recobrar tan rápidamente; y después como la juntó Dios, y por cuáles maneras y en cuál tiempo, y cuáles reyes ganaron la tierra hasta el mar Mediterráneo; y qué obras hizo cada uno así como vinieron unos tras otros hasta nuestro tiempo.

ALFONSO X EL SABIO, *Primera Crónica General*, Prólogo.

Extraído de F. SÁNCHEZ MARCOS (1993): *Invitación a la historia. La Historiografía de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*. Labor. Barcelona.

Texto 6. La Historia en la Ilustración: Voltaire.

Tal vez suceda pronto con la manera de escribir la historia lo que ha sucedido con la física. Los nuevos conocimientos han proscrito los antiguos sistemas. Se querrá conocer el género humano con ese detalle interesante que constituye hoy día la base de la filosofía natural.

Empezamos a respetar muy poco la aventura de Curcio que cerró una sima arrojándose a ella con su caballo. Nos burlamos de los escudos descendidos del Cielo y de todos los hermosos talismanes que los dioses regalaban con tanta liberalidad a los hombres, y de las vestales que ponían un barco a flote con su cinturón, y de todo ese montón de tonterías célebres de que son prodigios los antiguos historiadores. Tampoco nos satisface mucho que en su historia antigua el señor Rollin nos hable con toda seriedad del rey Nabis que permitía a aquellos que le traían dinero que abrazasen a su esposa y arrojaba a aquellos que se lo negaban en los brazos de una linda muñeca de un exacto parecido con la reina y armada de puntas de hierro bajo su corpiño. Nos reímos cuando vemos que tantos autores repiten, uno tras otro, que el famoso Otón, arzobispo de Maguncia, fue asaltado y devorado por un ejército de ratas en el año 698; que unas lluvias de sangre inundaron la Gascuña en 1017; que dos ejércitos de serpientes lucharon cerca de Tournai en 1059. Los prodigios, las predicciones, las pruebas del fuego, etc., ocupan actualmente el mismo rango que los cuentos de Heródoto.

Quiero hablar aquí de la historia moderna, en la que no encontramos ni muñecas que abrazan a los cortesanos ni obispos comidos por ratas.

Se pone gran cuidado en decir en qué día se dio una batalla, y se tiene razón. Se imprimen los tratados, se describe la pompa de una coronación, la ceremonia de imposición de un birrete, e incluso la entrada de un embajador, en que no se olvida ni a su ujier ni a sus lacayos. Es bueno que haya archivos de todo a fin de poderlos consultar en caso necesario; y yo considero hoy en día todos los gruesos volúmenes como diccionarios. Pero después de haber leído tres o cuatro mil descripciones de batallas y el contenido de varios centenares de tratados, encontré que en el fondo no estaba mejor informado que antes. Sólo aprendía en ellos acontecimientos. No conozco mejor a los franceses y a los sarracenos por la batalla de Carlos Martel que a los Tártaros y a los turcos por la victoria que obtuvo Tamerlán sobre Bayaceto. Confieso que después de leer las memorias del cardenal de Retz y de la señora de Monteville, sé todo lo que la reina madre dijo, palabra por palabra, al señor de Jersai; me entero de qué forma el coadjutor contribuyó a las barricadas; puedo hacerme una idea de los largos discursos que dirigía a la señora de

Bouillon: es mucho para mi curiosidad es, para mi instrucción, muy poca cosa. Hay libros que me enteran de las anécdotas, auténticas o falsas, de una corte. Todo el que ha visto las cortes, o ha deseado verlas, está tan ansioso de esas ilustres bagatelas como una provinciana de conocer las noticias de su pequeña ciudad: en el fondo es la misma cosa, y tiene la misma importancia. Se contaban, bajo Enrique IV, anécdotas del tiempo de Carlos IX. Todavía se hablaba del duque de Bellegarde en los primeros años del reinado de Luis XIV. Todas esas pequeñas miniaturas se conservan una o dos generaciones y luego se olvidan para siempre.

Sin embargo, se descuida por ellas otros conocimientos de una utilidad evidente y duradera. Me gustaría conocer las fuerzas de que disponía un país antes de una guerra, si esa guerra las aumentó o las mermó. ¿Era España más rica antes de la conquista del Nuevo Mundo que hoy? ¿Qué diferencia de población tenía en tiempos de Carlos V y en los de Felipe IV? ¿Por qué Amsterdam contaba apenas veinte mil almas hace doscientos años? ¿Por qué tiene hoy doscientos cuarenta mil? ¿Y cómo se sabe esto positivamente? ¿En cuánto ha aumentado la población de Inglaterra con respecto a la que tenía bajo Enrique VIII? ¿Será verdad lo que se dice en las *Cartas persas* de que le faltan hombres a la tierra y que está despoblada en comparación con los habitantes que tenía hace dos mil años? Es cierto que Roma tenía entonces más ciudadanos que hoy. Confieso que Alejandría y Cartago eran grandes ciudades; pero París, Londres, Constantinopla, el gran Cairo, Amsterdam, Hamburgo, no existían. Había trescientas naciones en las Galias, pero esas trescientas naciones no valían lo que la nuestra, ni en número de habitantes ni en industria. Alemania era un bosque: hoy está cubierta de cien ciudades opulentas. Parece como si el espíritu crítico, cansado de perseguir únicamente detalles, hubiese tomado por objeto el universo. Se proclama sin cesar que este mundo está degenerado y se quiere, además, que se despueble. ¡Cómo!, ¿Tendremos que echar de menos los tiempos en que no había camino real de Burdeos a Orleans y en el que París era una pequeña ciudad en la que las gentes se degollaban entre sí? Por mucho que se diga lo contrario, Europa tiene hoy más hombres que entonces y esos hombres valen más que aquellos. Dentro de pocos años se podrá saber a cuánto asciende la población de Europa; porque en casi todas las grandes ciudades, se publica el número de nacimientos al cabo del año, y basándonos en la regla exacta y segura que acaba de establecer un holandés tan hábil como incansable se conoce el número de habitantes por el de nacimientos. Aquí tenemos ya uno de los objetos de la curiosidad del que quiere leer la historia como ciudadano y como filósofo. Estará muy lejos de limitarse a este conocimiento; tratará de averiguar cuáles han sido el vicio radical y la virtud dominante de una nación; por qué ha sido débil o poderosa en el mar; cómo y hasta que punto se ha enriquecido desde hace un siglo; los registros de las exportaciones pueden decírnoslo. Querrá saber cómo se han establecido las artes, las manufacturas; las seguirá en su paso y en su vuelta de un país a otro. En fin, los cambios en las costumbres y en las leyes serán su gran tema. Se sabría así la historia de los hombres en vez de conocer una pequeña parte de la historia de los reyes y de las cortes.

Leo en vano los anales de Francia: nuestros historiadores callan sobre todo estos detalles. Ninguno ha tenido por divisa: *homo sum, humani nil a me alienum puto* [hombre soy, nada humano juzgo ajeno a mí]. Sería pues preciso, me parece, incorporar con arte esos acontecimientos útiles a la trama de los acontecimientos. Creo que es la única manera de escribir la historia moderna como verdadero político y como verdadero filósofo. Ocuparse de la historia antigua es, me parece, amalgamar algunas verdades con mil embustes. Esa historia sólo puede ser útil de la misma manera que lo es la fábula: para los grandes acontecimientos que constituyen el tema perpetuo de nuestros cuadros, nuestros poemas, nuestras conversaciones y de los que se sacan ejemplos de moral. Hay que conocer las proezas de Alejandro como se conocen los trabajos de Hércules. En fin, esa

historia antigua me parece, con respecto a la moderna, como lo que son las viejas medallas en comparación con las monedas corrientes; las primeras permanecen en las vitrinas de los gabinetes; las segundas circulan por el mundo para el comercio de los hombres.

Pero para emprender semejante obra se precisan hombres que conozcan algo más que los libros. Hace falta que sean estimulados por el gobierno, tanto, por lo menos, por lo que harán como lo fueron los Boileau, los Racine, los Valincour por lo que no hicieron; y que no se diga de ellos lo que decía de aquellos caballeros un alto funcionario del Tesoro Real, hombre de mucho ingenio: *“Todavía no hemos visto de ellos más que sus firmas”*.

VOLTAIRE, *Nuevas consideraciones sobre la historia*.

Extraído de F. SÁNCHEZ MARCOS (1993): *Invitación a la historia. La Historiografía de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*. Labor. Barcelona.

Texto 7. La concepción materialista de la Historia según Karl Marx.

Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas de Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; que se originan más bien en las condiciones materiales de existencia (...); que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política (...). El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, me sirvió de guía en mis estudios, puede formularse brevemente de este modo: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia.

K. MARX (1978): *Contribución a la crítica de la economía política*. A. Corazón. Madrid.
Extraído de E. MORADIELLOS (1992): *Las caras de Clío. Introducción a la Historia y a la Historiografía*. Universidad de Oviedo. Servicio de Publicaciones. Oviedo.

Texto 8. La Historia de género.

En los últimos años se han desarrollado los debates e investigaciones sobre historia de las mujeres. Sin duda el feminismo había reivindicado desde tiempo atrás los derechos de la mujer y había denunciado las múltiples formas de explotación que el sector femenino de la humanidad ha sufrido a lo largo de la historia.

Hubo historiadores como Michelet, que en el siglo XIX se atrevió a escribir que las relaciones entre los sexos eran uno de los motores de la historia. La historiografía científica ha admitido la función-clave de la mujer en la familia, como unidad de producción en otros tiempos, como unidad de consumo siempre y como primer factor ideológico en la formación del niño.

La historia «historizante» supuso un freno para la historia de las mujeres porque reducía el papel de éstas al marco de la vida política y de la vida cotidiana. Por su parte, la escuela de los *Annales* atrajo la atención de los historiadores a los temas económicos y

sociales (y en este sentido al trabajo femenino). Por fin se llegó a otra faceta, el estudio del cuerpo gracias a los trabajos sobre esclavitud femenina, prostitución, etc., y se llegó a estudiar los trabajos específicamente femeninos y condiciones como las de las sirvientas y las amas de casa, llegando hasta lo que podíamos llamar el piso alto: la mujer en la literatura, la ciencia y la política; así se ha podido llegar a definir los rasgos de una *cultura femenina*.

Una conclusión de estas investigaciones es que la diferencia de sexos como tema histórico debiera transformarse en el estudio de la realidad dialéctica de las relaciones en un esfuerzo de comprensión de la historia total.

A fines del siglo XX se ha elaborado el concepto de género, que trata de sacar a la mujer de la oscuridad en que ha sido mantenida por el androcentrismo histórico. El sistema de sexo-género como nuevo concepto fue expuesto en 1975 por la antropóloga Gayle Rubin. El género sería una construcción sociocultural superpuesta al sexo biológico; según lo que éste fuera le correspondería una función social, un ámbito de actuación, unas valoraciones y normas de comportamiento y una identidad diferente: femenina o masculina. *“El sistema de relaciones entre mujeres y hombres estaría establecido según la conformación que se hubiera dado a los géneros en cada sociedad concreta y podría variar de una a otra”*.

Las investigaciones sobre la experiencia histórica de las mujeres han llegado, en los últimos años, al estudio del ámbito privado y del público en la mujer. Fácil es comprender cómo va apareciendo cada vez más este inmenso territorio de la historia que durante siglos fue olvidado o silenciado.

M. TUÑÓN DE LARA (1981): *Por qué la historia*. Salvat. Barcelona.